

## HOMENAJE A

# GUSTAVO ADOLFO BECQUER

El 17 de febrero de 1936 hizo cien años que el ángel ciego de los nombres dejó el tuyo, Gustavo Adolfo—yeladas sílabas del norte—sobre un patio de azahares sevillanos y su fragancia caliente. Ahora es dulce volver como por un túnel de humo hasta la orilla de tu día sostenido por los cuatro vientos cardinales de la poesía, Gustavo Adolfo Bécquer, alzado sobre el arpa, levantado sobre el peldaño último de las escalas musicales.

Y tenerte aquí sobre la más triste voluta de niebla, al final de la más espiraleante columna de recuerdo. Con tu voz de mariposa cautivada. Y tus balcones con desbordada sonrisa de enredadera. Con tu soledad de violín solitario en la mitad de un siglo. Con tus golondrinas de corazón traspasado. Con tus violetas de condición nostálgica. Con tus mujeres de alta ausencia y danza con larga cola de encajes, entre un alelamiento de espejos y un aire lánguido como aliento de gasa o alma de valse al terminar una fiesta. Y los abanicos de ellas con varillas de luna y temblor de música bordadora. Con esas campanillas tuyas, azules, recortadas en el cielo por la tijera de la mañana. Y todas las cosas que tú sabías, ahora idas en el pico de yo no sé que paloma, ocultas bajo el carey de yo no sé que otra luna, perdidas en la isla de un pétalo —¿de qué azucena?— que rodea el tiempo como un mar.

Así te siento yo, cazador de nubes con estrella mirándome. Y te oigo con mi oído guahibo ascender hasta la otra nube palpitante del corazón por las escalerillas de la sangre.

Así te siento «guitarrero vestido de abejas» dardo de ritmo, volando siempre delante de cada minuto, vencedor del suspiro y el llanto delgado hermano de la más tremenda poesía, pálido y fino Gustavo Adolfo Bécquer.

## Nueva interpretación de Bécquer

Hay que mirar a Bécquer con la desconfianza subrepticia o el aplomo viril con que contemplamos a un revolucionario sin piedad, nó con ese ojo torpe que ha envuelto siempre en una especie de ternura aceitosa la imagen del sevillano.

Parece que Bécquer previó la suerte que correrían su nombre y su obra en el criterio popular, y aún en vida quiso reaccionar contra esa admiración piadosa de que comenzaban a rodearlo sus amigos. En efecto, cuentan las crónicas de entonces que Bécquer mantenía, frente a los reveses de la fortuna, una constante actitud de humorista y cierto guiño de la inteligencia que embotaba, de hecho, la punta de la adversidad .

Son muchos los lances que ilustran este aserto. La pirueta genial con que respondió al anónimo jefe de despacho cuando lo puso en la calle por haberlo encontrado dibujando la figura de Ofelia en papel de oficio, o esa cara de pilluelo que les mostró a sus amigos, después de una noche de vigilia en la cárcel, adonde fue llevado porque, realmente, no supo explicarle al Guarda su actitud sospechosa hallándose, como estaba, recostado en el puente de Sevilla, en una noche en que la luna había enchapado de oro la vieja ciudad de las leyendas.

Como se ve, Bécquer le concedió muy poca importancia al fenómeno vital en el que, desgraciadamente, se ha documentado la crítica común para darnos de él una estampa adulterada, que los profesores de retórica iluminan a su antojo.

Y, sin embargo, el autor de las Rimas, fue, ante todo, un hombre de inteligencia, un disociador de estados interiores y un analista implacable de la realidad.

Así se explica la incomprensión que lo rodeó en vida y que forma en torno suyo una zona de silencio que lo aísla de sus contemporáneos. ¿Qué podía significar la visión interior de este hom-

bre en el desbordamiento romántico de mediados del siglo pasado? ¿Qué valía su pincelada inteligente y fina junto a las formas opulentas en que se vaciaba la fantasía de entonces? ¿Quién oía esa voz, que hablaba sencillamente entre los hombres, en medio del ruido que hacían los tramoyistas preparando la escena para que se confesara un vate apocalíptico? Nada tuvo de común con su tiempo, ni por la índole de genio, ni por los medios de expresión, ni por la calidad de su arte.

No fue un romántico, al menos dentro de la significación secundaria del vocablo, a pesar de su marcado germanismo, que ya hizo que se le acusara de imitador de Heine; a pesar de su fantasía, un poco caliginosa, en que florecía juntamente la margarita de las orillas del Rhin y la flor del Ganges; a pesar de su afición por Schuman y Beethoven cuya música solía escuchar en casa de don Lorenzo Zamora, afamado compositor de la época. Fue, en cambio, un poeta dotado en grado máximo del dón lírico y, por lo tanto, de cierto sentido universal de las cosas.

Los románticos hicieron del "yo" el centro del universo. Interpretaron de modo tan personal el mundo, que es imposible separar su vida de su obra, a revés de lo que sucede con otros poetas que supieron dominar la realidad. Ellos vivían apegados al hecho transitorio, a la anécdota caduca, como recurso de inspiración. Bécquer, en cambio, de las cosas no tomó sino aquello que podía enriquecer su sensibilidad y dotar su espíritu de nuevas dimensiones.

Tomemos el concepto del amor, por ejemplo, como fenómeno que, por estar más cerca de la realidad, limita más el entendimiento. ¿Qué es el amor en Bécquer? Casi siempre un problema de orden espiritual. ¿Por qué? Porque el poeta ha desnudado este fenómeno de todo lo contingente y temporal para contemplarlo "sub specie aeternitatis". El hombre que fue Bécquer sufrió, sin duda, la divina dolencia. Acaso entregó su corazón en las noches de su morena Sevilla, sofocada en el olor de los jazmines como los patios árabes. Es posible que se quejase de celos como el ciervo herido a la orilla de los manantiales. Pero su dignidad de hombre y su misión de poeta le impidieron aprovecharse de la realidad inmediata, casi siempre impura, y transformar en materia de arte la emoción directa producida por los choques vitales. Cosechado el engaño, recibida la herida, sufrido el golpe, el poeta des-

cargaba su pecho con sus amigos o bebía un trago del agua amarga y helada que brinda la filosofía de la conformidad. Y sólo acudía al arte cuando ya la pena no tenía resonancia en sus nervios. sino que era una especie de tristeza metafísica. Comparamos el "Canto a Teresa", que es de la misma época y condensa la sensibilidad romántica. Allí, como en los bloques que dejó sin acabar Miguel Angel, hay un rebelde que lucha consigo, una desesperación que busca escape, un hombre encerrado dentro de su yo como una camisa de púas.

Bécquer, al contrario, se sale de sí mismo y nos pasea por los prados espirituales de San Juan de la Cruz; nos muestra el paisaje atormentado del Greco; nos descubre las nieves del Himalaya y, en sus ratos de buen humor, nos lleva a la sombra del arbusto venenoso donde el ruiseñor germano silba en la oreja del patriarca de peluca empolvada.

Afirma Barrés que cada uno de los personajes del "Entierro del Conde de Orgaz" plantea un problema de psicología. Otro tanto puede decirse de las estrofas de Bécquer.

Un ejemplo:

**¿Quieres que este néctar delicioso  
no te amargue la Hez?  
Pues aspiralo, acércalo a los labios  
y déjalo después.**

Otro ejemplo:

**Luégo asoma a mis labios otra risa  
máscara del dolor,  
y entonces pienso:—Acaso ella sonríe  
como me río yo.**

Otro ejemplo:

**¡Ay, a veces me acuerdo suspirando  
del antiguo sufrir.....  
Amargo es el dolor, pero, siquiera  
padecer es vivir.**

Como se ve, la emoción inicial se ha transformado en las alquimias de la sensibilidad hasta llegar a esa condensación que recuerda la gota de perfume extraída después de haber prensado quintales de pétalos. Cada verso allí como cada uno de los huecos de la flauta, vierte la armonía total contenida en el instrumento lírico.

Hé aquí el amor reducido a su esencia universal. Ahora sí podemos agrupar casos particulares, anécdotas y lances amorosos debajo de esas estrofas en la seguridad de que todo ello responderá al significado general expresado en ellas. Cualquiera hombre que, en las infinitas circunstancias de la vida breve, haya temido agotar la realidad y colmar el anhelo, exclamará: "Pues aspiralo, acércalo a los labios, y déjalo después."

Allí está expresado el sentido de esa terrible disciplina de la abstención en que se funda la ascética cristiana y que, para algunos escritores, ha sido fuente de acres voluptuosidades. Así Barrés, cuando en su viaje por Italia, rehuyó desembarcar en las islas Borromeas, que habían sido su sueño dorado, contentándose con aspirar, desde la barandilla del buque, el hálito que exhalaban aquellas tierras, amasadas en todos los aromas como el cuerpo de la reina bíblica. Así André Gide, cuando exclama en un diálogo socrático: "En verdad te digo, Nathanael, que cada deseo me ha enriquecido más que la posesión, casi siempre engañosa, del objeto de ese mismo deseo".

Pero no es sólo el amor el sentimiento que alcanza tales proyecciones en el espíritu de Bécquer. O, mejor dicho, es tan universal este sentimiento, que cualquier otro motivo que despunte en su conciencia cobra las mismas proyecciones, así como los gases se dilatan en la atmósfera. El espejo amoroso agranda la imagen de las cosas y las integra en su limpia diafanidad. Entonces nos canta aquel himno "gigante y extraño" o nos describe al poeta en una especie de panteísmo exaltado:

**Yo sigo en raudo vértigo  
los mundos que voltean  
y mi pupila abarca  
la creación entera.**

Aun cuando se confina en un detalle aparente, la reducción

es simplemente de imagen, porque el sentimiento sigue siendo universal:

**¿Qué es poesía? dices mientras clavas  
en mi pupila tu pupila azul.  
¿Que es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?  
Poesía, eres tú.**

Hé allí el secreto de todo gran poeta: mover el mundo sobre la punta de diamante de una palabra. Cuando una cosa se orienta hacia la eternidad queda explicado el resto del universo, dijo Spinoza.

Hay ocasiones en que esa luz implacable con que Bécquer ilumina su propio espíritu creador no alcanza a explicar algunos fenómenos que se operan en los subsuelos de la conciencia, y entonces el sentimiento desborda de los límites lógicos y entra en la zona en que se mueven algunas apariciones de Poe. Pero el astro que entonces preside a la creación lírica no es el Saturno cuya luz metálica exaspera la rabia de los gatos, sino una fosforescencia apacible en cuyo resplandor contempla el poeta rostros que nunca ha visto, y oye una voz "delgada y triste" que lo nombra a lo lejos, anunciándole que ha muerto alguien a quien él quería.

Hay una página de Bécquer, la que va al frente de sus rimas, que tiene todo el valor de una confesión espiritual y nos enseña el camino que debemos seguir para juzgar su obra. Si no fuera un poco fastidioso el término, diría que es un "documento freudiano" de alcance científico. Allí está expresada toda la tortura de su conciencia de artista. Sobrecógelo, principalmente, el problema de la idea y de la forma. Trataré de explicarme.

Bécquer poseía una imaginación ardiente que le sirvió para escribir sus leyendas y sus cuentos, en los que revela una riqueza inconcebible de fantasía y un dón casi genial de adaptación a formas de ficción recogidas de las literaturas orientales. Pero en el fondo de su sér había un terrible lógico, un experimentador lúcido y frío de la realidad, lo que determinó en su temperamento una especie de equilibrio inestable y una anarquía interior que lo condujo al borde de la tragedia intelectual.

Una de sus más bellas poesías es, precisamente, la oposición entre estos dos mundos imaginarios, el de la forma y el de la

idea, que gravitan, pudiéramos decir, en los polos del entendimiento. ¿Dónde existe el puente que los une? Bécquer mismo lo dice: la razón. Y fue la razón, en efecto, la que resolvió su drama interior y le suministró la fórmula deseada. De ahí el equilibrio perfecto, la divina eutritmia de su arte, la absoluta compenetración del pensamiento y la expresión, lograda después de que el raciocinio disciplinó la abundancia imaginativa. Aquel niño que vio San Agustín en la orilla del mar, y que pretendía reducir la gran masa líquida al cuenco de una pequeña concha, plantea la misma cuestión de Bécquer en el arte, sólo que éste realiza el milagro encerrando en pequeñas formas rítmicas todo su caudal interior. Su forma de expresión no es atildamiento nimio; ni preciosismo. No es rebusca paciente ni labor de pulimento nocturno. Es el perfecto ajuste de una forma natural a un concepto, que nos hace pensar en la corteza que se adapta al fruto, o en el lustre que dan de sí las materias pulimentadas. Sus estrofas son formas geométricas de cristalización interior.

Estas mismas cualidades resplandecen en su prosa, que no tiene atencedentes dentro de la literatura española, y aparece desvinculada de la cantera racial, formando un bloque de contornos pulimentados y brillantes. Nada que nos recuerde allí las características intelectuales de su pueblo, si no es el ambiente que rodea alguna de sus leyendas y el color local que las esmalta a veces. Pero el estilo carece de pliegues retóricos y de entonación académica, fluyendo como un suave río de aceite entre guijas de plata. En ocasiones alcanza el lenguaje la temperatura lírica, y, desdeñando la narración corriente, nos lleva hasta el poema en prosa, rico de matices y de armonía, mecido dentro de una cadencia profunda como la de las mareas. Sus "Cartas de mi Celda" nos recuerdan el estilo de los Goncourt, por los hallazgos de observación que las abrillantan, por la profusión de color, en que parecen reflejarse los cármeses sevillanos, por el dón exquisito en la escogencia de las palabras, todas ellas puras y brillantes como los cristales de una vidriera bizantina.

Bécquer es un poeta de hoy. Su sensibilidad, su forma artística, tras de la que anhela la inspiración del Lugones de las "Gotas de Oro", y que no ha superado Juan Ramón Jiménez en sus últimos poemas; su disciplina mental y el dominio sobre la natural anarquía de los instintos; su modo de considerar el amor;

las síntesis mentales a que reduce la experiencia de la vida; la captación artística de las voces del subconsciente y de ciertas fuerzas ocultas que operan en el reino de las almas; su facultad de análisis y de introspección y muchas otras modalidades de su genio, lo encuadran dentro del carácter general de la literatura contemporánea.

Rompamos los alfileres de almohadilla que tienen fija la estampa de este poeta en nuestros corazones y pongamos su efigie, labrada virilmente en piedra nueva, en uno de los caminos por donde llegan los renovadores del espíritu.

**RAFAEL MAYA**

Catedrático de Literatura de  
este Colegio Mayor.